**PALABRAS EN REPRESENTACIÓN
DE LOS NUEVOS MIEMBROS VITALICIOS
DEL COLEGIO DE ARQUITECTOS. 2 Agosto 2012**

“Soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”.

Frase de José Ortega y Gasset en sus “Meditaciones del Quijote” y que ha pasado a ser un lugar común en la comprensión más corriente del hombre.

Nos encontramos inmersos en una circunstancia, sea este un entorno físico, histórico, cultural o espiritual, que conforma la otra mitad de nuestra persona y que nos define un destino concreto y radical.

Al decir unas palabras en esta ocasión tan significativa, a nombre de las arquitectas y arquitectos que hoy hemos sido distinguidos como Miembros Vitalicios por el Directorio de nuestro Colegio, serán estas reflexiones sustentadas por mi personal experiencia como arquitecto en estos treinta y cinco años, asumiendo el costo por el riesgo de no interpretarlos a todos.

Como al decir de Ortega, desde mi circunstancia, pasada y presente, puedo con propiedad dirigirme a ustedes.

Saludo con afecto:

A los colegas miembros del Directorio Nacional.

A los nuevos y distinguidos miembros de Honor.

A los jóvenes arquitectos que hoy ingresan a la Orden.

A las autoridades, familiares y amigos que nos acompañan, y

Especialmente un abrazo a todos mis colegas, nuevos Miembros Vitalicios.

Hace treinta y cinco años nos titulamos e inscribimos en el Colegio, porque así era nuestra intención y deber. Transcurría el año 1977 y coincidentemente celebraba este Colegio también unos prestigiosos treinta y cinco años desde su creación en 1942. Han pasado otros 35 años y el Colegio celebra estos días el aniversario de sus setenta años de vida.

Un retórico afirmaba que estas referencias coincidentes o ingeniosas, siempre ayudan a dar brillos a un discurso.

En esos años setenta, veníamos saliendo de una época marcada por los desafíos urbanos y arquitectónicos de una década pasada, que buscaba justicia social y sacar de la marginalidad a grandes sectores de chilenos. Una migración potente desde el campo había impactado con pobreza a las ciudades. Las operaciones sitio, las grandes poblaciones de viviendas sociales y una nueva planificación urbana centralizada eran las respuestas a esos requerimientos.

Nuestro trabajo, principalmente desde el ámbito público venía siendo marcado por una característica que se justificaba socialmente: **MENOS CALIDAD Y MÁS CANTIDAD**

Pero también en esos años ya transitábamos por avenidas pedregosas y oscuras. Eran tiempos de desconcierto, de amigos y colegas inubicables o en el exilio. En estas circunstancias adversas, los arquitectos necesitábamos respuestas para nosotros y para la sociedad. Surgen como un impulso espacios de reflexión, de participación y defensa del gremio.

Nacen las Bienales y grupos de debate arquitectónico. Algunos de nosotros emigran a las regiones, al servicio público o a generar su propia arquitectura, vinculada a un entorno para ellos, de un territorio nuevo y cautivante, pero muchas veces incomprendidos o aislados de los arquitectos locales.

Me habría gustado haber dicho que fueron tiempos de "menos democracia" y más reflexión, **pero no**, fueron los tiempos de **SIN DEMOCRACIA Y MÁS REPRESIÓN.**

En esos años para muchos se trabajaba en lo que se podía, a veces en contextos contradictorios a nuestros ideales. En lo personal me dedique, tanto al trabajo con mis socios en una oficina que ofrecía pretensiosamente arquitectura y planificación, como a una intensa actividad gremial y de la otra, de la que no se podía decir.

Fueron años que se iniciaron con la década de los ochenta y se prolongó por más de veinte años. Una experiencia que alejó mi perfeccionamiento y mis ingresos. Pero fue fascinante. Ahí aprendí a conocer en profundidad a los arquitectos. Primero como miembro del Directorio Nacional por algunos periodos y luego como gerente del Colegio.

En este trabajo de colaboración y servicio a mis colegas, descubrí un rasgo muy marcado en los arquitectos, aunque

tratamos de ocultarlo. Son y somos personas muy vanidosas y por cierto también, porque van emparejadas, muy envidiosas.

La capacidad creativa, la "buena mano", las publicaciones y los reconocimientos de cualquier orden contribuyen a nuestra vanidad, que cimentada en genuinos méritos no es un defecto. Mis envidias, surgidas en el conocimiento y el contacto frecuente con muchos arquitectos, las superaba con una labor desinteresada de reconocimiento, apoyo y promoción de sus logros arquitectónicos, convencido que los éxitos de algunos también beneficia al resto de los arquitectos y a nuestra propia arquitectura.

Se ha dicho, que la vanidad, la envidia y la ambición son grandes motores de la actividad humana. La arquitectura sin duda puede demostrarlo.

A los finales de los años ochenta y en los comienzos de los noventa, surgen esperanzas y los nuevos aires democráticos en la convivencia nacional.

En la arquitectura aparecen con fuerza los rasgos de la internacionalización, con nuevos materiales, tecnologías e intercambios con el mundo desarrollado. Copiamos como locos, teníamos la sensación que estábamos en busca del tiempo perdido, se inicia así un periodo que se caracteriza hasta hoy en **MENOS CIUDAD Y MÁS PLUSVALÍA.**

En forma paralela emergen más y más escuelas de arquitectura de diversos rangos, que sirven también como nuevos ámbitos laborales para tanto egresado que anda atrapando quimeras, promoviendo tecnologías y productos transnacionales, regularizando lo que se ponga por delante. Por cierto unos pocos destacan y muy bien.

Sin casi darnos cuenta entramos en el siglo XXI, en los años dos mil, en la aldea global y en el marketing que todo lo impregna, por supuesto que también a las intervenciones urbanas, la arquitectura y el diseño. Para una gran mayoría de nosotros estamos viviendo un presente de **MENOS CLIENTES Y MÁS INMOBILIARIAS.**

Después de treinta y cinco años, uno siente que adquiere el derecho de dar un consejo, al menos hacer una reflexión.

Estas palabras finales son dichas más con la intuición que desde la razón.

En esta época de la masificación de los arquitectos y la globalización, necesitamos para nuestras propias vanidades y envidias, detenernos a pensar en el sentido que lleva nuestra propia circunstancia arquitectónica, como intervenirla y capitalizarla para nuestro beneficio y supervivencia.

Lo señalaba al inicio en palabras de Ortega y Gasset "*si no salvo a mi circunstancia, no me salvo yo*".

Ante la globalización, nos agotamos de mirar y mirar páginas web con las vanidades arquitectónicas mediatizadas por la arquitectura internacional, para esperar si por una especie de ciber-osmosis se nos mejora la mano, la creatividad y la oportunidad de nuevos clientes.

La globalización supone relaciones entre realidades heterogéneas.

No existirá globalización para nosotros los arquitectos chilenos, si no interactuamos con el mundo a partir de las propias singularidades, circunstancias y propuestas, enraizadas en nuestro territorio y sociedad.

Me pregunto, además, si no será el tiempo de ingeniar y generar nuestra propia "nube" a través de internet y aumentar nuestros servicios profesionales en red de forma más rápida y eficiente y poder así en parte, descomprimir y canalizar a usuarios o clientes la gran oferta de arquitectos y sus servicios, dentro y fuera de nuestras fronteras.

Pienso que estos son algunos de nuestros desafíos para hoy y mañana. Pero no es fácil, sobre todo si vemos y conocemos que estamos ejerciendo con malas prácticas, conductas que muchas de ellas son el resultado de la competencia por el trabajo o de envidias y vanidades malsanas.

El cambio posible de esta circunstancia en términos positivos, nace primeramente en una actitud personal y luego colectiva que quiero compartir con ustedes.

Me ha interpelado hace un par de años, una corta frase dicha en una entrevista por Massimiliano Fuksas y que tiene el mérito de expresarla desde la legítima vanidad de un gran arquitecto, quien señalaba que el futuro de la arquitectura y los arquitectos en estos tiempos, pasa por tener

MENOS ESTÉTICA Y MÁS ÉTICA.

Para pensarlo. Muchas gracias